

y a no ser por la meritisima actuación del letrado asesor del Colegio, que sostuvo la acusación privada y consiguió un fallo condenatorio, hubiera quedado impune tan patente caso de ejercicio ilegal de la medicina.

Por cierto que cuando le preguntó el Fiscal al procesado que por qué anunciaba su *consultorio* titulándose en las tarjetas y anuncios "Profesor", contestó que porque él era Profesor de lenguas. Y esto me recordó en el acto un cuentecillo que si hubiera podido habría referido al Jurado, y como tú, lector paciente, no eres jurado ni estas Memorias figurarán en el libro de actas, voy a contártelo a ti, tal como a mí me lo contaron:

Un matrimonio burgués tenía una torrecita en San Gervasio, y en esta torrecita, un gallinero. Una noche se presentó el marido con un loro que le habían regalado, y no teniendo por el momento una jaula a propósito para encerrar al psitaco, se les ocurrió meterlo en el gallinero. A la mañana siguiente, "apenas el rubicundo Febo empezó a mostrarse por los balcones y ventanas del Oriente", el gallo, después de un ruidoso aleteo y de un estridente qui-qui-ri-qui, saltó de su travesaño al suelo, y el loro, que estaba en el travesaño más alto como gallina en corral ajeno, se fijó en la forma tan especial que tenía el gallo de dar los buenos días a sus gallinas, a medida que éstas, una tras de otra, iban abandonando su nocturno acomodo. Quedó, finalmente, solo el loro, encaramado en lo más alto y en inmovilidad completa para no llamar la atención, y cuando el gallo acabó por fijarse en él, dicen que con voz doliente dijo el loro: "Señor, a mí no, que soy un modesto profesor de lenguas".

Exactamente como el intruso de marras cuando vió que peligraba su integridad. Y perdona, lector, esta digresión, en gracia a que con ella cierro este capítulo.